

LA
REVISTA NUEVA

AÑO I.—TOMO I

M.

UN GRUPO DE PERIODISTAS ⁽¹⁾

JOTABECHE, ISIDORO ERRAZURIZ,
JUSTO I DOMINGO ARTEAGA

.....
.....
En aquella ardiente polémica de *El Semanario*, acompañaba a Sanfuentes un joven escritor que iba a adquirir mas adelante una popularidad ruidosa i duradera. Ese joven escritor era don José Joaquin Vallejo, tratado por la naturaleza con la misma pródiga jenerosidad que su compañero de armas en las letras.

Vallejo nació en una oscura i pobre familia de provincia, i, con orgullosa modestia, nos ha dejado él mismo una tierna i viva pintura de la humildad de su hogar.

[1] Estas páginas—que debemos a la galanteria i buena voluntad de su autor—forman parte de un libro que, con el titulo de *Bosquejo del desarrollo intelectual en Chile*, escribió don Augusto Orrego Luco en 1889, i que aun permanece inédito. Inútil parece, por lo demas, decir que en estas breves pero brillantes siluetas, solo se considera a los escritores por su aspecto literario i segun la influencia que sus escritos tuvieron en ese desarrollo.—(N. de la D.)

«Mi padre fué platero,—escribia a un amigo, a propósito de torpes alusiones que le habian sido lanzadas en la prensa.—En el mismo sitio en que él tuvo su taller tengo hoi mi lindo gabinetito, donde te escribo esta carta i he escrito mis *Jotabeches*.»

El terremoto que asoló a Copiapó el 10 de mayo de 1819, hizo emigrar a la Serena la familia de Vallejo. Allí recibió su primera educacion, i de allí vino a Santiago, honrosamente elejido por la municipalidad de la Serena, para ocupar en el liceo de Mora la beca que correspondia al mas brillante de los alumnos que hubiera hecho en ese departamento sus estudios.

«Hemos oido, dice el señor Amunátegui, a algunos de sus condiscípulos que Vallejo fué mui distinguido i apreciado por Mora, quien lo puso en relaciones con el jeneral don José Manuel Borgoño, el cual le protejió en cuanto pudo.»

La vuelta de los conservadores al poder trajo, como ya hemos dicho, la inevitable clausura del liceo i la ruina de su jeneroso protector.

Vallejo se empeñó, sin embargo, en continuar sus estudios en el Instituto Nacional; pero la estrechez de sus recursos lo obligó a abandonar sus ambiciosas i halagüeñas esperanzas, i a entrar como dependiente en una tienda.

De esa humilde situacion, lo levantó la proteccion de sus amigos, quienes le consiguieron del jeneral Prieto el nombramiento de secretario de la intendencia del Maule. Fué a ocupar ese puesto en 1835, i en él lo encontramos todavia tranquilamente instalado, en estrechas i cordiales relaciones con su jefe, a fines de 1839.

Pero, a principios del año siguiente, aquella cordialidad desaparece, i se levanta entre ellos una querrela inexorable.

Vallejo perseguía al Intendente con la mordacidad de sus sátiras picantes, con las aceradas i traviesas burlas de su ingenio, i el Intendente se servía para vengar esos agravios, de los recursos pesados i violentos que ponía en sus manos el poder. En esa lucha, Vallejo fué a dar a una prision, i de esa cárcel salió el escritor i, casi decimos, un político.

Los artículos agresivos i chispeantes que publicó Vallejo en contra del Intendente del Maule, en *El Mercurio* de Valparaiso i en *El Buzón* de Santiago, son las primeras producciones de su pluma que han llegado hasta nosotros, i, en ellas, el escritor humorista se descubre con todas sus risueñas i peligrosas facultades.

Larra i Zorrilla habian despertado un vivísimo entusiasmo, i su asidua lectura ha dejado huellas mui claramente perceptibles en los escritores de aquel tiempo. Larra fué el deslumbrante modelo de Vallejo: en él bebió el amor a la correccion de las formas españolas i cierto afectado desden por esas formas; un escrupuloso refinamiento en la observancia del diccionario i la gramática, al mismo tiempo que una perenne protesta en contra de sus despóticas i caprichosas prescripciones. En él bebió esa inspiracion salada i amarga, esa dolorosa ironía, envuelta siempre en una risueña tristeza; i en él aprendió el manejo de la anécdota punzante i mordaz, de que habia sacado tan brillante partido en sus polémicas el satírico español.

En los primeros escritos de Vallejo, a que hemos aludido, i en los que publicó poco despues en *La Guerra a la Tirania*, no se mostraba mas que el aspecto hiriente i acerado de su pluma, que en sus artículos de costumbres descubriría despues el lado patético de los escritores humoristas.

Vallejo se servía entónces de su pluma como de una arma en las luchas de partido, i era para él entónces la política algo esencialmente personal i que jiraba, toda entera, en torno de la personalidad del Intendente con quien se encontraba en guerra sin cuartel.

Vallejo encabezaba la ardiente oposicion que se habia levantado en el Maule i, sin embargo, no tuvo dificultad para presentarse al jeneral don Manuel Búlnes, candidato entónces a la Presidencia de la República, i ofrecerle un apoyo decidido si conseguia la separacion del Intendente, i como esa separacion fuera negada por los hombres de Gobierno, Vallejo se alistó entre sus mas implacables i virulentos adversarios.

La política del apasionado i jóven escritor de *La Guerra a la Tirania* está, pues, sujeta a un criterio esencialmente personal, que encuentra una esplicacion, sino una excusa, en la crueldad de una persecucion encarnizada.

El fracaso electoral del partido en que Vallejo habia militado, lo determinó a volverse a Copiapó en busca de un refujio. Principió allí a ganar la vida como minero i *tinterillo*. La fortuna volvió de nuevo a sonreírle i en medio de su prosperidad creciente principió a publicar en *El Mercurio* sus primeros «Jotabeches» que le conquistaron la rápida i tenaz popularidad de la alegría. La prosperidad lo hizo benévolo; la persecucion lo habia hecho acerbo. Una risa inocente i juguetona vino a reemplazar en los dias de tranquilo bienestar a aquella cáustica sonrisa que mordía en los tiempos de la persecucion i la venganza.

Goza ya de una estensa reputacion como escritor festivo, cuando hizo Sarmiento su provocadora i ruidosa aparicion en nuestra vida literaria, i ya hemos

dicho que Vallejo fué entónces su mas poderoso i tenaz contradictor.

Hasta 1845 continuó Vallejo colaborando en *El Mercurio*. En esa fecha, principiò a publicar un periódico semanal, titulado *El Copiapino*, destinado a promover los intereses mineros de la provincia de Atacama i hacer una guerra inexorable a los abusos de los agentes subalternos del poder.

El periódico de Vallejo tuvo una tormentosa aparicion, i desde el primer momento suscitò a su redactor ásperas dificultades personales, que lo obligaron a alejarse de la lucha i a guardar un largo silencio literario, que solo mucho despues vino a interrumpir volviendo a recojer la pluma risueña del crítico social.

Entretanto, la constante prosperidad de su fortuna colocaba a Vallejo en situacion de poder aspirar al dispendioso honor de representar en el Congreso a los departamentos de Vallenar i de Freirina.

Apoyado por sus amigos, obtuvo un triunfo espléndido, saliendo elegido como Diputado de oposicion en una reñida lucha electoral.

En el criterio político de Vallejo se habia operado entretanto una natural i favorable evolucion; eran doctrinas i propósitos de partido los que servian de base a su criterio, que ahora tenia como horizonte una jenerosa i noble aspiracion.

Su carrera parlamentaria no correspondió a las esperanzas que el brillante escritor habia hecho concebir. En la lejislatura de 1849 i 50, hizo tardías i a veces una desgraciada aparicion en el debate, lo que esplica que en 1851 se alejara completamente del Congreso, i que, a pesar de haber recibido en 1852 la representacion de los departamentos de Constitucion i de Cauquenes, no volviera a ocupar su sillón parlamentario.

Las vivas simpatías personales que despertaba Va-

llejo, vinieron otra vez a salvarlo de una difícil situación abriendo un nuevo horizonte a la actividad de su talento.

En 1852 fué nombrado Encargado de Negocios de Chile en Bolivia.

El jeneral Belzu, habia colocado en un difícil pié las relaciones amistosas de estos dos países, i dado un ágrío sesgo a la cuestion de límites, cuyas asperezas para él se complicaban con pretendidas ofensas que el Gobierno de Chile habia hecho a su Gobierno.

En aquella situación, no consiguió Vallejo ni siquiera ser oficialmente recibido, i despues de un duro cambio de notas con el Ministro de Relaciones Exteriores, tuvo que pedir su pasaporte.

Vuelto a Chile, se fué a residir en Copiapó, abandonando para siempre la política i las letras.

En medio de las sonrisas de la fortuna i de todas las facilidades de la vida, una sombría displicencia invadía su espíritu; no era tanto esa tristeza el fruto amargo de los desengaños que habia recojido, cuanto una manifestación de la penosa enfermedad que lentamente devoraba su organismo i concluyó con su alegre i tormentosa vida en setiembre de 1858.

*
**

En 1857 aparecía en la prensa una de las personalidades mas vigorosas i brillantes de nuestro mundo literario.

Volvió a Chile, despues de larga residencia en Estados Unidos i Alemania, el señor don Isidoro Errázuriz, en momentos en que se debatía con viveza esa ruidosa cuestion entre el gobierno i el arzobispado de Santiago, a que dió origen la espulsión de un sa-cristán.

Con ese motivo el señor Errázuriz dió a luz en *El Ferrocarril* una serie de artículos titulados «Oscuran-tismo i libre exámen», que llamaron mui vivamente la atencion.

El jóven escritor, en ellos desplegaba algunas de las cualidades a que el estudio i los años, la medita-cion i la lucha, darian despues un desarrollo tan vi-goroso i tan espléndido.

Bajo formas brillantes envolvía el señor Errázuriz en esos artículos un espíritu profundo, penetrante i flexible, que iba sin esfuerzo al fondo de las cosas i abrazaba lejanas perspectivas.

Casi al mismo tiempo que terminaba esa polémica, volvía el señor Errázuriz a Europa, de donde regresó al año siguiente.

A su llegada, una intensa agitacion política domina-ba los partidos. Errázuriz se vió envuelto i arrastrado por la atmósfera de aquella abrasadora situacion, pero, dejando ver un rasgo característico de su fisonomía intelectual, aun en medio del vértigo de aquella hora apasionada, levantó la lucha del terreno en que se habia trabado, para elevarla a una rejion trascen-dental.

Fueron sus escritos los que dieron el tono a la *Asamblea Constituyente*, periódico que redactaba en compañía del señor Vicuña Mackenna, i que sobre los oscuros intereses de partido i sobre sus ambiciones mas oscuras todavia, hizo flotar la reforma constitu-cional como bandera de combate i como objetivo de la lucha.

Al rededor de la Asamblea Constituyente, se orga-nizó una pequeña agrupacion política, que no perse-guia como propósito derribar a los hombres de gobier-no para entrar a sustituirlos, sino hacer que sus ideas subieran al poder.

Pero los acontecimientos, mas fuertes que la voluntad de esos jóvenes políticos, arrastraron esos abstractos doctrinarios al terreno mas violento de la accion.

Envuelto en el oleaje revolucionario, tuvo Errázuriz que ir a buscar un refugio al extranjero.

La catástrofe de 1858 lo llevó a Mendoza, sobre cuyo gobierno no tardó en adquirir un ascendiente, que contribuyó en mucho a hacer ménos áspera la vida de los proscritos de aquella época.

En Mendoza, Errázuriz fué periodista, profesor, abogado i hasta juez. Como decia ingeniosamente Domingo Arteaga, la injusticia de su propia suerte lo llevó hasta administrar justicia a nuestros vecinos de Cuyo.

Por una coincidencia afortunada, Errázuriz abandonó a Mendoza horas ántes del terremoto que la asoló por completo.

Volvia entónces a su patria, cuyas puertas le abria la política conciliadora con que inició su gobierno el señor Pérez.

Poco despues de su llegada se fundaba la *Voz de Chile*, con el propósito de combatir la fusion liberal-conservadora, que amenazaba entronizarse en el poder.

En ese diario Errázuriz desplegó una juvenil i asombrosa actividad, recorriendo con la pluma todas sus columnas, desde el editorial hasta los folletines literarios. Allí ha publicado artículos de propaganda i de polémica, elevadas disertaciones de doctrina i ardientes sátiras políticas. Allí ha escrito en prosa i verso.

La acentuada personalidad literaria del joven escritor, aparece en esos artículos singularmente velada por la fascinadora influencia que desarrollaba en torno suyo el señor Matta, i que llegaba hasta la admiracion de sus formas literarias.

Pero ya en 1862, cuando se hizo cargo de la redaccion del *Mercurio*, la pluma de Errázuriz principia a despertar de aquella inverosímil embriaguez, i cuando en 1863 funda *La Patria*, desaparecen hasta las mas lijeras huellas de la perturbadora influencia que ha pasado.

Errázuriz despliega entónces sus brillantes facultades de escritor: su claridad de miras, su criterio penetrante i sagaz, su poderoso buen sentido, su tremendo poder de invectiva i de sarcasmo. I sobre ese fondo rueda su pluma, fácil, risueña, galana; su pluma de artista, pintoresca, inagotable de colores i emocion.

Ya en las formas mórbidas i opulentas de su estilo, se deja entrever el orador, que desde 1870 principia a dominar en la tribuna parlamentaria del pais.

Reunia Errázuriz todas las cualidades que exige la oratoria: una figura singularmente espresiva, una voz de suaves i poderosas vibraciones, movimientos majestuosos i elegantes, una palabra fácil, una imajinacion viva, una vasta erudicion, una fecunda esperiencia de los negocios i de la vida de partido, i luego esa mezcla de poesía i de sarcasmo, de pasion ardiente i de frialdad suprema, que dan un poder soberano a la palabra.

El secreto de esa elocuencia jenial, que ha dejado una impresion tan viva i tan profunda, se ocultaba detras de la majestad i la grandeza de sus formas oratorias; de los nobles ideales en que iba a buscar su inspiración; del arte supremo con que levantaba al adversario i engrandecía su causa, para tener mas espacio en que cernir sus alas i caer, como, el águila desde mayor altura i con mas fuerza, sobre su presa fascinada. Pero mas que en todo eso, pero sobre todo, estaba el secreto de esa elocuencia en el indefinible encanto

que daba a su palabra la vibrante emocion de sus pasiones; en el prestigio en que lo envolvian sus derrotas i sus victorias pasadas; en la elegancia, que no abandonaba, ni siquiera en las situaciones mas supremas i angustiosas, a ese soberbio gladiador de la tribuna.

Ese poder del monarca de la antigua leyenda que trasformaba en oro todo lo que tocaba con su mano, es el privilegio de los grandes oradores que trasforman i hermosean todo lo que toca su palabra, que todo lo dignifican i engrandecen, por lo ménos, durante esa hora de fascinacion que pasa, pero que miéntras pasa, domina. Errázuriz tenia sin disputa esa hermosa facultad de los grandes oradores.

Desde 1870, ha figurado entre los miembros del Congreso i ejercido una influencia mui considerable en nuestra evolucion política, por sus grandes dotes de organizador i de caudillo.

Errázuriz era de un carácter demasiado apasionado i violento para que pudiera resignarse al papel de un inerte observador político. La pasion lo arrastraba a la accion. I así lo vemos mezclarse personalmente en todos los grandes acontecimientos que se desarrollaron en su tiempo, descollando en todos ellos por la audacia i la viril enerjia de sus consejos i sus actos, moviéndose con la misma desenvoltura bravía en presencia de un adversario en la tribuna i delante del enemigo en un campo de batalla.

En 1877, en un bosquejo histórico, desgraciadamente inconcluso, mostró Errázuriz sus brillantes cualidades como historiador.

En esas pájinas, escritas a la luz de una meditacion tranquila, despliega su pluma la misma viveza, movimiento i colorido que en los articulos escritos al calor de la pasion política. Ese mismo raro i admirable tacto,

que le habia permitido transformar su oratoria de tribuno en oratoria parlamentaria, le permitia transformar ahora en pluma de historiador su pluma de diarista.

Sobre el oscuro i complicado periodo que alcanzó a estudiar en su bosquejo, ha proyectado una luminosa claridad. Al recorrer sus pájinas, el lector siente que lleva en la mano el hilo de la lójica profunda i suprema que domina los acontecimientos, los partidos i los hombres que se mueven en el escenario de la historia.

Despues ha dado a luz un fragmento interesante i aislado, de la historia de nuestra reciente guerra con Bolivia i el Perú: es la pintura de la heroica i lúgubre jornada de Tarapacá.

El único punto negro de esa campaña militar, es el que Errázuriz ha conmemorado en su dramático episodio. I todavia, por un irónico contraste de la vida, la personalidad mas completa de nuestro mundo literario, parece destinada a no legarnos mas que obras incompletas, si saliendo de la atmósfera apasionada de la lucha, no deja que su hermoso talento tienda sus alas en las serenas rejiones del arte.

*
* *

En 1857 principiaron a aparecer en *El Pais* i en *La Actualidad*, una serie de artículos políticos, en que una pluma vacilante i opaca buscaba laboriosamente su camino. No habia color, no habia relieve en esas frases que a veces se ajitaban, como si las palabras experimentasen una angustiosa i desesperada convulsion.

Eran los primeros ensayos de un escritor de veintitres años en esa época, que iba a ser despues uno de nuestros mas fáciles i brillantes periodistas, bajo cuya

fácil pluma las palabras iban a tomar los animados colores de la vida, i hasta las ideas mas triviales, cierto aire de novedad, de audacia i de elegancia.

Cuando en 1859 se hacia cargo de la redaccion del *Ferrocarril*, ya habia terminado el rápido desarrollo de su estilo, i ya Justo Arteaga Alemparte habia encontrado su camino, siguiendo a Girardin.

Con un poder de asimilacion extraordinario, no solo se habia apoderado de los procedimientos de polémica, de las exterioridades i los caprichosos accidentes de la frase del periodista frances, sino tambien de las mas íntimas cualidades de su pluma, de su finura picante, de su deliciosa estravagancia, de su rapidez pintoresca i temeraria.

Como Girardin, buscaba en la libertad la solucion de todos los problemas sociales i políticos, i como Girardin, con la mas elegante desenvoltura practicaba sin reserva i sin escrúpulos una desenfrenada libertad en el arte.

El éxito de ese brillante i audaz libertinaje de la pluma hizo fácil escuela en nuestra prensa, iniciada por Justo Arteaga al mismo tiempo en un sistemático atropello de todas las convenciones literarias i en un respeto casi cortesano por todas las convenciones del código social. Arteaga cortó el tipo del diarista en el modelo de un hombre de gran mundo i supo encarnar con fortuna ese tipo lijero, caballeresco i risueño, que arroja sobre la vida el manto de una desdeñosa elegancia. La polémica perdió en esa escuela sus agrias asperezas, su personalismo odioso i sus desenfrenadas violencias de lenguaje, tomando el tono de una charla espiritual en que hombres de mundo discuten sin pasion. La prensa ganó en cultura social lo que habia perdido en correccion.

Esos nuevos procedimientos de polémica exigian

una transformacion fundamental del periodista. Hasta esa época el escritor político se habia dirigido sobre todo a la pasion i al interes de los partidos; desde esa época se dirige sobre todo a la razon. La pasion ama la elocuencia que la ajita i que la exita; la razon ama la claridad tranquila del espíritu que la alumbra i que la guia, el encadenamiento de las ideas, la transparencia de las frases, el órden en los argumentos, i, como el personaje de Shakespeare, busca el método hasta en medio del delirio.

Justo Arteaga renunció a la pasion i a los golpes de elocuencia, dejó a un lado los efectos teatrales de la frase i hablando solo a la razon en sus escritos, se esforzó en ser frio, tranquilo, transparente; en ser espiritual i lijero.

Ese jentil-hombre de letras operó una trasfiguracion en nuestra prensa que habria sido mas afortunada i duradera si se hubiera reducido a un simple cambio en las formas literarias i en la intimidad de los procedimientos de polémica. Por desgracia popularizó Justo Arteaga al mismo tiempo su peligrosa pasion por las soluciones absolutas i su amor a las fórmulas políticas, provocando con esa perturbacion de su criterio, una reaccion inevitable que envolvió en el mismo desprestijio al pensador i al literato, sus ideas i sus formas favoritas.

Pero miéntras llegaba esa reaccion, gozó Arteaga de una popularidad sin precedente en nuestra vida literaria. Era el favorito de la prensa diaria, a quien todo se perdonaba i se aplaudia.

Justo Arteaga sintió el vértigo de esa popularidad i derrochó su ingenio en los artículos fugaces de la prensa diaria; en folletos políticos destinados a caer rápidamente en el olvido; en escritos efímeros que ya han perdido todo su interes.

Solo el *Diógenes* i sus retratos parlamentarios tendrán algun valor para la historia. El *Diógenes* es, entre todas las producciones de su pluma, la que mejor caracteriza el talento i las tendencias literarias de su autor. Allí está Arteaga en toda la plenitud de sus grandes cualidades i sus amables defectos. Su estilo cortado, rápido i nervioso, hace pedazos la armonía i la gramática i solo busca el color en la espresion. La frase brota de su pluma, espontánea i brillante, como de una fuente viva. Las ideas se encadenan fácilmente i los argumentos se desenvuelven sin esfuerzo, todo lo domina una lójica implacable i todo lo penetra una trasparente claridad. Es una atmósfera de color, amable i risueña, elegante i discreta, la atmósfera que se respira en sus artículos.

El escritor de *El Ferrocarril*, de *La Libertad* i de *Los Tiempos*, da en *El Diógenes* su nota culminante.

Entre los escritos políticos de Justo Arteaga, encontramos un folleto que lleva por título *Los Constituyentes de 1870*, elegante galería parlamentaria, en que tuvo por colaborador a su hermano don Domingo.

Hai entre los retratos de Justo Arteaga, algunos que tienen un admirable parecido, en otros la fantasía del pintor ha reemplazado con rasgos de convencion, las mas características facciones del modelo; pero hai en todos una vida intensa, una rápida i penetrante apreciacion, i un vigoroso colorido.

Formaban contraste con esos retratos, los que llevan la firma de su hermano don Domingo, escritor correcto i atildado, de una elegancia fria, de un arte sabio, i un sobrio colorido.

Domingo Arteaga, un año menor que su hermano, habia nacido en Concepcion en 1835, i llevado en el Perú una juventud penosa, en que la debilidad de su organismo acentuaba las fatigas del trabajo, i en que

una viva imaginacion hacia mas sombrías las horas de la estrechez i la desgracia.

Vuelto a Chile en 1858, publicó en la *Asamblea Constituyente* su primera composicion poética, en que hai una delicadeza de alma, una sensibilidad esquisita, una intensa emocion de poesia.

En su «Oda al Dolor», en su «Himno al Amor», en las composiciones mas esmeradas de su edad madura, se mostrará despues Domingo Arteaga como un maestro consumado en el arte de vaciar el pensamiento en un molde poético, pero aquel perfume primaveral de sus primeras rimas, se desvanece i se pierde.

En 1859, fundó en compañía de su hermano una publicacion literaria titulada *La Semana*, en que él se encargó de escribir las revistas semanales.

Aunque Domingo Arteaga cultivó ese jénero con una singular predileccion, la índole de su talento solo le permitia llegar a un pobre resultado, despues de un esfuerzo laborioso. No tenia la pluma lijera, la vena humorística, la superficialidad elegante, que son el alma de ese jénero de artículos.

Mas tarde, en el diario que fundó en 1867 en compañía de su hermano, hizo una nueva tentativa de este jénero. Pero «Las Cartas del Mapocho» de Juan de las Viñas, a pesar de la finura de observacion i del paciente esfuerzo de su autor, no fueron mas allá de una mediocridad correcta i esmerada.

Por una coincidencia singular, Domingo Arteaga fué elegido en 1866, para reemplazar en la Facultad de Humanidades a don José Joaquin Vallejo, el espiritual Jotabeche, que habia formado su reputacion literaria cultivando el jénero en que su sucesor solo habia encontrado lo que llaman los franceses, un *succés d'estime*, el benévolo aplauso del amigo.

Pero en cambio principiaba Domingo Arteaga en

esa época a recojer triunfos brillantes como orador parlamentario.

Venciendo las dificultades que la delicadeza de su organismo le imponia, pronunciaba en la Cámara de Diputados una serie de discursos que llamaron con fuerza la atencion, por la correccion esmerada de sus formas, el brillo i el vigor de las ideas i la consumada destreza en el manejo del debate.

Llegaba Domingo Arteaga a la tribuna parlamentaria despues de haber vivido durante largo tiempo en la intimididad de los negocios de gobierno; despues de haber estudiado i meditado largamente sobre los asuntos políticos; con un espíritu fino, punzante, i con esa tremenda i desdeñosa frialdad del que se siente fuerte i superior.

El fracaso económico de *La Libertad*, separó a Domingo Arteaga de la prensa, i lo hizo aceptar la direccion de una empresa bancaria.

Pero en medio de sus tareas de banquero continuó cultivando la política i las letras, i sirviendo la enseñanza como miembro del Consejo Superior de Instruccion Pública.

En medio de esa vida ajitada i laboriosa i cuando parecia tener delante un largo porvenir, sintió bruscamente que sus fuerzas se agotaban, i despues de rápida enfermedad sucumbió el 13 de abril de 1880.

Su hermano le sobrevivió dos años i murió el 2 de junio de 1882.

AUGUSTO ORREGO LUCO.
